

en las escuelas, cultivando las letras griegas y latinas, consumió su juventud en el ejercicio de la abogacía, desempeñó con rara integridad la magistratura, ocupó en la milicia lugar distinguido, y llegó á la edad propecta honrado del príncipe, que para bien del nombre cristiano regia las riendas del Imperio ¹. Inflamado su generoso espíritu al ver proclamada la religión de los Apóstoles como ley del Estado, aquejábale, no obstante, el temor de que flaquease la fé de los cristianos en el tumulto de las contagiosas costumbres del gentilismo, é inquietábale al par la zozobra de que arraigase en el campo de las creencias, todavía no bien cultivado, la semilla de la heregia, empañando con triste, aunque pasajero nubo, la brillante aureola de los mártires. Idea tan elevada enciende la nieve de sus años; y llena su alma de santa inspiración, descubre por una parte la alegría que inundaba su pecho, y defiende por otra la pureza del dogma, combatiendo la idolatría, ensalzando las virtudes de cuantos gozaban la corona del martirio, y tributando respetuosa alabanza á los Apóstoles. Dominado de este pensamiento, exclamaba:

..... Fine sub ultimo
Peccatrix anima stultitiam exuat:
Saltem voce Deum concelebret, si meritis nequit.
Hymnis continuet dies,
Nec nox ulla vacet, quin Dominum canat:
Pugnet contra hereses, catholicam discutiat fidem.
Conculcet sacra Gentium,
Labem, Roma, tuis inferat idolis:
Carmen martyribus devoveat, laudet Apostolos ².

Tal es la obra intentada por el español Prudencio: para llevarla á cabo necesitaba tener siempre despierto el sentimiento religioso de los cristianos, sosteniendo vivo el comercio del alma con su Creador; ponderar la valerosa constancia de las vírgenes y confesores, que habían sellado con su sangre la doctrina del Crucificado; exterminar los errores de los que, más pagados de sus vitu-

¹ Todos estos datos biográficos están consignados en el prefacio del Libro de los himnos, que sirve como de introducción á las obras de Prudencio.

² In praefatione, vers. 34 y siguientes.

perables caprichos, que atentos á la paz universal de la Iglesia, sembraban la discordia entre los fieles; y poner finalmente de relieve la monstruosa deformidad de las supersticiones paganas y la impureza de las costumbres por ellas producidas.—Á estas necesidades satisfizo pues escribiendo el *Libro de los himnos* (Καθήμερινῶν), el *Libro de las Coronas* (Περικεφάνων), la *Apoteosis* (Ἀποθέωσις), y el *Origen del pecado* (Ἐμπεριγενεῖα), dirigidos contra los marcionistas y sabelitas, y los dos libros contra Simaco, donde pinta las contradictorias flaquezas de los dioses, abre las fuentes de las groseras vanidades de la fábula, y combate con noble ardor las calumnias del prefecto de Roma. Para coronar dignamente este sólido edificio, presentaba Prudencio en el *Combate del alma* (Πικρομαχία) la lucha que las virtudes y los vicios empuñan dentro del corazón humano, pensamiento no presentado siquiera por los poetas de la gentilidad, quienes dominados por la creencia del destino, despojaban al hombre de toda libertad, sometiéndole al infando yugo del ciego fatalismo.

En todos estos poemas aparece Prudencio digno de la empresa que había echado sobre sus hombros: fija su vista en el Númen Único, que ilumina su alma, recibe de él todas sus inspiraciones, á él refiere todos sus cantos, y en él reconoce la fuente de toda salud, vida y poesía. Nada más dulce y sabroso para Prudencio que el canto piadoso del poeta:

Nihil est dulcius, ac magis saporum,
Nihil quod plus hominem iuvare possit,
Quam vatis pia praecincentis orsa ¹.

Misterio grande es también para su arrebatado espíritu la existencia de un solo hombre, que cerrando los ojos á la luz, desconozca su origen y principio en el Hacedor Supremo. Así exclama:

Sed quis non rapidi luminis arduam,
Manantemque Deo cernat originem?
Moses nempe Deum spinifera in rubo
Vidit conspicuo lumine flammeum ², etc.

¹ *Post cibum*, Hymnus IV, vers. XCV y siguientes.

² *Ad incensum Cerei Paschalis*, Hymnus V, vers. XXIX y siguientes.

Partiendo de tales fundamentos, no vacilamos en manifestar que todas las poesías de Prudencio forman un magnífico himno de amor, elevado al Hacedor Supremo, ya reconozca y admire las continuas mercedes que recibe el cristiano de su soberana diestra, ya ensalce el prodigioso esfuerzo infundido por la fé en el pecho de los mártires, ora esgrima las armas de la elocuencia contra los heresiarcas y los gentiles, ora en fin descubra los inmensos tesoros de las virtudes evangélicas, que contraponen á los vicios, como á pestífera fuente de la idolatría. De aquí proviene naturalmente que, exaltada su imaginación por incesante entusiasmo, no puede menos de ser arrebatado y poético su lenguaje y ardiente y pintoresca su expresión, condiciones ambas que le hacen distinguirse entre los poetas sagrados y profanos del siglo IV. Acaso esta misma exaltación religiosa es causa frecuente de que, como han observado los latinistas, altere Prudencio las leyes de la metrificacón, y atropelle los fueros de la gramática, así en el uso y genuino significado de las palabras, como en la manera de formarlas; pero si esto podía tenerse por reprehensible defecto á fines del siglo IV respecto de los escritores gentiles, no lo era tanto, en nuestro sentir, respecto del poeta cristiano, para quien nada ó muy poco podía significar la tradición virgiliana, inspirado sola y exclusivamente por la majestad del Númen Único.

Mas á pesar de tales defectos, hijos también de la decadencia, en que se apagaban los resplandores del arte homérico, cúmplenos observar, que siendo en su esencia infinitamente superiores las poesías de Prudencio á las de los vates del gentilismo, sus coetáneos, pueden sostener con ellas ventajosa comparación, aun bajo el aspecto de la forma. Para demostrar la exactitud de esta importante observación, bastáranos sin duda fijar la vista en las obras de Cl. Claudiano, poeta el más favorecido de la corte á fines del siglo IV y principios del V, y el más apasionado é impetuoso defensor del culto gentilico¹. La crítica literaria, toman-

¹ En la mayor parte de las ediciones de Claudiano se han incluido tres composiciones poéticas, con los títulos de *Carmen paschale*, *Laus Christi* y *Miracula Christi*, las cuales harían dudar de este aserto, bien que no es el entusiasmo religioso la dote principal que las caracteriza. Mas como en todas

do en cuenta sus repetidos, aunque estériles, esfuerzos para resucitar por medio de la imitación el gusto de la literatura clásica, ha reconocido constantemente la fluidez y elegancia de sus versos: examínense pues sus poesías líricas, sus epitalamios, sus odas, sus epístolas; y mientras en todas partes abundarán los símiles rebuscados y las imágenes falsas, aunque brillantes, difícilmente hallaremos cuadros tan sencilla y varonilmente trazados como el que ofrecen los siguientes versos, en que pinta Prudencio la destrucción de Faraón y de su ejército dentro del mar Rojo:

Ibant praecipiti turbine percita
 Fluctus per medios agmina regia:
 Sed confusa dehinc unda revolvitur,
 In semet revolans gurgite confluo.
 Currus tunc, et equos, telaque naufraga,
 Ipsos et proceres, et vaga corpora
 Nigrorum videas nare satellitum,
 Arcis iustitium triste tyranicae¹.

Ni tampoco será fácil encontrar entre los poetas gentílicos de la edad indicada pasaje alguno que oscurezca la bella pintura que hace Aurelio Prudencio en el himno III del *Cathemerinon*, de la vida sóbria y frugal de los cristianos, contraponiéndola á los fastuosos banquetes, con que desvanecidos los paganos exageraban su gula y su opulencia:

Sint fera Gentibus indomitis
 Prandia de nece quadrupedum:
 Nos oleris coma, nos siliqua
 Foeta legumine multimodo
 65 Paverit innocuis epulis.
 Spumea mulctra gerunt niveos
 Ubere de gemino latices,
 Perque coagula densa liquor
 In solidum coit, et fragili

sus poesías respira el más ardiente paganismo y consta, por declaración de San Agustín, que no fué cristiano (a Christi nomine alienus, *Civit. Dei*, lib. V, cap. XXXVI), no creemos aventurada esta calificación, principalmente cuando vemos que Orosio le llama «eximius poeta, sed paganus pervicacissimus» (*Hist.* lib. VII, cap. XXXV).

¹ *Ad incensum Cerei Paschalis*, vers. 73 y siguientes.

70 Lac tenerum premitur calatho.

Mella recens mihi Cecropia

Nectare sudat olente favus:

Haec opifex apis aereo

Rore liquat, tenuique thymo,

75 Nexilis inscia connubii.

Hinc quoque pomiferi nemoris

Munera mitia proveniunt:

Arbor onus tremefacta suum

Deciduo gravis imbre pluit,

Puniceosque iacit cumulos, etc. ¹.

Mas en donde no podía tener rival, por la naturaleza misma de los asuntos, era en la exposición de los martirios, cantados con dolor profundo y verdadera exaltación, en el libro de las *Coronas*. Mucho habríamos menester detenernos, á pretender quilatar en este sitio las innumerables bellezas que supo derramar Prudencio en los catorce himnos de que aquel precioso libro se compone. El poeta, que en el X, consagrado á Antiocheno, exclama:

Sum mutus ipse, sed potens facundiae
Mea lingua Christus loculenter disseret,

movido de sobrehumano espíritu, acertó á presentar con verdadero colorido la espantosa dureza de los tormentos, multiplicados sin tregua para rendir la constancia de los cristianos, cuya invencible fé era á los ojos de Prudencio antorcha de inmortales resplandores. La mente se resiste á imaginar los terribles cuadros trazados por la pluma del poeta español, que lloraba y admiraba al par la abnegación sublime y la inflexible virtud de sus compatriotas, sometidos por la barbarie y crueldad de los pretores y

¹ *Ante cibum*, Hymnus III. Para comprender toda la fuerza del contraste establecido por Aurelio Prudencio en este bellissimo pasaje, parece conveniente recordar que la gula de los romanos habia llegado hasta el punto de establecer seis comidas diarias, en esta forma: *ieiunium*, post *ieiunium*, *prandium* (ó *cibum*), *merenda*, *coena* y *comessatio*. Fabulosas parecen las relaciones que los historiadores nos han transmitido del lujo, pompa y abundancia de estas diferentes comidas, en especial las dos últimas que eran generalmente públicas.

prefectos á la dura cuanto gloriosa prueba del martirio ¹. Pero entre todos aquellos cuadros, ninguno más desconsolador y vigorosamente bosquejado que el consagrado á inmortalizar la fé de Hipólito, quien al verse despedazar por dos caballos no domados, á los cuales instiga la feroz muchedumbre, exclama:

110 Hi rapiunt artus; tu rape, Christe, animam.

El pasaje que sigue á esta dolorosa cuánto magnánima exclamación, es digno de figurar en la historia de las letras patrias:

Prorumpunt alacres, caeco et terrore feruntur,

Qua sonus, atque tremor, qua furor exagitant.

Incendit feritas, rapit impetus, et fragor urget:

Nec cursus volucer mobile sentit onus.

115 Per silvas, per saxa ruunt: non ripa retardat

Fluminis, aut torrens oppositus cohibet.

Prosternunt saepes, et cuncta obstacula rumpunt:

Prona, fragora petunt, ardua transiliunt

Seissa minutatim labefacto corpore frusta,

120 Carpit spiniferis stirpibus hirtus ager.

Pars summis pendet scopulis, pars sentibus haeret:

Parte rubent frondes, parte madescit humus ².

No contrasta con menor fuerza el invencible tesón y sobrehumano aliento de los mártires, ya al rechazar, movidos de santa indignación, las seductoras promesas de los gentiles, ya al condenar sus erradas creencias y corrompidas costumbres, ya al maldecir de la torpeza y liviandad de sus mentidos dioses. Hemeterio y Celedonio, denodados confesores de Calahorra, respondían á los tormentos y á los halagos de sus impíos jueces con estas palabras:

Ite, signorum magistri: vos, Tribuni, absistite.

65 Aureos auferte torques, sauciorum praemia:

Clara nos hinc Angelorum iam vocant stipendia.

Christus illic candidatis praesidet cohortibus

Et throno regnans ab alto, damnat infames Deos,

¹ Debe notarse aquí que casi todos los mártires, celebrados por la piadosa musa de Prudencio, son españoles.

² *Hipolyto ad Valerianum episcopum*, Hymnus XI.

Vosque, qui ridenda vobis monstra Divos fingitis ¹.

Lorenzo, archilevita español, que repartía los tesoros de la Iglesia romana entre los pobres, echaba en cara á sus jueces la torpeza y flaca liviandad de los más opulentos gentiles, exclamando:

Vestros valentes corpore
 230 Interna corrumpit lepra,
 Errorque mancum claudicat
 Et caeca fraus nihil videt.
 Quemvis tuorum divitum
 Qui veste, et ore praenitet,
 235 Magis probabo debilem,
 Quam quis meorum est pauperum.
 Hunc, qui superbit serico,
 Quem currus inflatum vehit:
 Hydrops aquosus lurido
 240 Tendit veneno intrinsecus.
 Ast hic avarus contrahit
 Manus recurvas, et volam
 Plicans aduncis unguibus
 Laxare nervos non valet.
 245 Istum libido foetida
 Per scorta tractum publica
 Luto, et cloacis inquinat,
 Dum spurca mendicat supra ².

Romano Antiocheno, invitado á adorar los dioses, cuyas falsedades y miserias menospreciaba, motejando las supersticiosas prácticas del culto gentilicio, prorumpia en este varonil apóstrofe:

166 Miseret tuorum me sacorum et Principum
 Morumque, Roma, saeculi summum caput.

Y quilatadas las absurdas contradicciones, escándalos é impudencias de los dioses, exclama:

Quid rusticorum monstra detestor Deum?...
 Faunos, Priapos, fistularum praesides,

¹ *Peristephanon*, hymn. I.

² *Id. id.*, hymn. II.

Nymphas natantes, incolasque aquatiles,
 Sitas sub alto, more ranarum, lacu.
 Divinitatis vis in algis vilibus?...

245 Ad haec colenda me vocas, Censor bone?...

Poniendo de resalto la repugnante y promiscua adoracion de los dioses latinos y egipcios, añadía con no menos heróico aliento:

Venerem precaris?... Comprecare et simiam.
 Placet sacratus aspis Aesculapii?...
 Crocodilus, Ibis et canes ¿cur displicent?...
 Appone porris religiosas arulas:
 260 Venerare acerbum cepe, et mordax allium ¹.

Ni era menos heróica y digna de eterna admiracion la sublime entereza, de que hacian alarde ante la crueldad de sus verdugos las vírgenes de Cristo. Eulalia, vírgen lusitana y gloria de Mérida, desafiaba á sus perseguidores, diciendo:

..... Ego sum
 Daemonis inimica sacris:
 Idola protero sub pedibus:
 Pectore et ore Deum fateor.

 Ergo age, tortor, adure, seca,
 Divide membra coacta luto ².

Inés, vírgen romana, puesta en igual situacion, prorumpia:

Ferrum in papillas omne recepero,
 Pectus ad imum vim gladii traham.
 Sic nupta Christo transilium poli
 Omnes tenebras, aethere celsior ³.

El genio del cristianismo triunfaba pues de la decadente gentilidad, destruyendo sus menguados ídolos y eclipsando sus glorias literarias.—Sidonio Apolinar, que alcanza los últimos dias de Prudencio, y que participa en consecuencia del entusiasmo producido por sus inspiradas poesías, no vacila en colocarle al lado de Horacio; mas ni puede la critica que busca la perfeccion

¹ Romano Antiocheno, hymn. X.

² Hymn. III.

³ Hymn. XIV.

exclusivamente en la forma, admitir ahora este juicio, ni es dado tampoco el seguirlo á la que, fundada en principios más fecundos, aspira á señalar el desarrollo de la civilización por medio de las manifestaciones de la inteligencia. No lo primero, porque sobre ser acusado Prudencio de duro é inarmónico, no había podido aspirar siquiera, en sentir de los latinistas, á conservar la pureza del lenguaje, siendo numerosos los giros y voces tildados como de baja latinidad en todos sus poemas ¹. No lo segundo, porque no existe semejanza alguna entre la situación del preceptor de los Pisones y la del cantor de los mártires: ambos son poetas latinos; pero Horacio, vate cortesano é imitador feliz del grande arte homérico, cuyas bellezas logra trasladar á sus versos, fiado en su privilegiado ingenio, contempla la poesía, más bien como un medio de propia utilidad, que como un instrumento capaz de contribuir á mejorar las costumbres públicas y con ellas el tenebroso porvenir de Roma. Sus sátiras tan urbanas, tan agudas y picantes, no tienen fuerza suficiente para atajar el cáncer que devoraba ya todas las clases de la sociedad, dominada de los más vergonzosos vicios: sus odas tan elevadas, tan grandilocuentes y armoniosas, no son bastantes á excitar el apagado entusiasmo de aquel pueblo, que veía perdida la libertad de la República, debiendo más bien ser consideradas como una concesión hecha por Augusto y Mecenas al agonizante genio de la independencia romana. No así los himnos de Prudencio, cuyo fin

¹ Para prueba de esta observación puede verse el catálogo de voces que formó Antonio de Nebrija y puso al frente de su edición de Prudencio (Logroño, 1512), donde con grande erudición señala las palabras, en que el poeta español se desvió de los escritores del siglo de oro, respecto de la acepción de aquellas mismas voces. Acaso sería también fácil formar numeroso inventario de los giros y frases, en que no se atuvo á los preceptos de los gramáticos; pero esto sólo probaría: 1.º Que Prudencio no aspiró á restaurar la poesía propiamente latina, lo cual habría rayado sin duda en lo absurdo: 2.º Que no conservaba ni podía conservar la lengua su antigua pureza, por las razones que dejamos mencionadas. Juzgar á un poeta, como Prudencio, por el número de voces ó giros que altera ó recibe de la lengua hablada en su tiempo, comparándolo con otra edad más afortunada en este punto, sobre ser demasiado inconveniente, honra poco la crítica de quien así procede. Por lo menos parecerá siempre á todas luces injusto.

principal dejamos ya reconocido: alejado de la corte y de sus grandezas, considera á la poesía como el instrumento más digno para consolidar la grande obra que se había ya operado en el mundo; y cantando la ruina del gentilismo y el sublime triunfo de la religión cristiana, se abrazaba al sagrado madero del Gólgota, como á luminoso y seguro faro en medio de las tribulaciones, de que la humanidad se veía amenazada:

95 Lignum est, quo sapiunt aspera dulcius:
Nam praefixa cruce spes hominum viget;

ó ya volviendo sus anhelantes miradas al Salvador, cuyo nombre resonaba en todos los ángulos de la tierra, animando con nueva vida á la creación, exclamaba:

¡Oh nomen praedulce mihi!... lux et decus, et spes,
¡Praesidiumque meum!... ¡Requies o certa laborum!...
395 Blandus in ore sapor, fragans olor, irriguus fons,
Custus amor, pulchra species, sincera voluntas!... ¹.

Exclamando de una y otra manera, probaba Prudencio que no en la pulcritud de las formas poéticas, sino principalmente en la majestad y grandeza de las ideas y de los sentimientos tenía fija su vista; pareciéndonos conveniente observar que si puede achacarse á reprehensible temeridad el compararle, bajo aquel aspecto, con el rey de la poesía lírica latina, no debe olvidarse que es acaso el primero entre los poetas, de quienes decía el docto Luis Vives que «competían muchas veces con los antiguos, vencidos no pocas veces en elegancia y belleza ².» La comparación de Sidonio Apolinario

¹ Apotheosis.

² Las palabras de Luis Vives son: «Multa habent (Prudentius, Prosperus, Paulinus, Yuvencus, etc.) quibus elegantia et venustate carminis certent cum antiquis: nonnulla, quibus etiam eos vincant» (*De traddenda disciplina*, lib. III). Prudencio ha logrado siempre igual estimación, á despecho de los retóricos. Pruébanlo las numerosas ediciones que de sus poesías se han hecho, desde la primera de 1472 de Deventer hasta la del entendido Arévalo ya citada. De solos los dos primeros siglos de la imprenta conocemos hasta doce ediciones, seis del XVII, y cuatro del pasado, sin contar las del presente, entre las cuales merece ser citada la de Zaragoza (1803), debida al erudito Fr. Lamberto Gil: y no son para olvidadas las numerosísimas reproducciones de sus

no puede en consecuencia adoptarse de lleno por la crítica, sin que por esto quede rebajado el gran mérito de Prudencio, quien sobre caminar á un fin santo y altamente meritorio, hacia en sus cantos cierto alarde de la independencia de su espíritu.

Tal era la condicion suprema del ingenio español: si en la Roma imperial y gentilica apareció desdeñando toda tradicion literaria, no le acusemos porque en medio del espantoso caos, en que se hundía el antiguo mundo, ostentase aquella misma libertad, empapadas sus alas en las refrigerantes aguas del Jordan, é iluminado su vuelo por la sagrada luz del Evangelio.

himnos en los *Breviarios*, en las *Vidas y Actas* de los Santos y aun en obras meramente históricas, como la *España Sagrada*, donde se insertan con harta frecuencia. Sobre las más celebradas ediciones de Prudencio puede tambien consultarse á Fabricio, don Nicolás Antonio y Rodriguez de Castro en sus respectivas *Bibliotecas*.

CAPITULO VI.

POETAS É HISTORIADORES CRISTIANOS.

—
 OROSIO.—DRACONCIO.—ORENCIO.—IDACIO.

Triunfo moral de la Iglesia sobre el politeísmo y la heregia.—Proscripcion de los paganos y heresiarcas.—Errores de la política imperial.—Reaccion del gentilismo y de la heregia.—Los bárbaros.—Su desbordamiento general durante el siglo V.—Los bárbaros en Italia y Roma.—Destruccion del Imperio de Occidente.—Maravilloso efecto del cristianismo en los pueblos del Septentrion.—Nuevas calumnias del paganismo contra la doctrina evangélica.—Enérgica protesta de los Padres.—Orosio: objeto capital de sus *Historias*.—Exámen de las mismas.—Su estilo y lenguaje.—Draconcio: su poema *De Deo*.—Pensamiento que en él se desenvuelve.—Medios poéticos de Draconcio.—Análisis de su poema.—Índole especial de Draconcio.—Defectos y bellezas de su estilo.—Orencio: su *Commonitorium* y sus *Orationes*.—Idacio: su representacion é importancia en los tiempos en que florece.

El cristianismo habia salido triunfante de la gran lucha sostenida por la elocuencia de los Padres y solemnizada por el genio de la poesia. Asentado en la silla de San Pedro el pontífice Dámaso, poeta nacido como Yuvenco y Prudencio en el suelo de España, celebra, como ellos, en sus peregrinos cantares aquella inmortal victoria, anunciando á las naciones que la barquilla del pescador